

Oración y planto por José A. Goytisoló, otra generación «perdida»

Con la pérdida de José Agustín de Goytisoló, se suma a tantos de su generación que trascendieron aquella epidermis poética de la denuncia y se fueron en pos del alma humana, que esa sí es eterna

JUAN JOSÉ PÉREZ SOLANA

«Nunca digas no puedo más y aquí me quedo»
(Palabras para Julia)

José Agustín Goytisoló

ESTAS palabras, con las que inicio este planto, se las decía el poeta a Julia, a tí y a mí y al mundo entero porque José Agustín creía en el hombre. Porque creía en el hombre tomó la pluma en la década combativa y con sus hermanos, los hijos del silencio y de la guerra, compusieron otra generación que clamaba por la esperanza.

Aquella de los «cincuenta» era, al fin, la voz de la conciencia puesta en pie y sostenida por héroes anónimos como Blas de Otero, Gabriel Celaya, Jaime Gil de Biedma, Carlos Barral y el propio José Agustín. Todo, más o menos, hicieron el mismo recorrido por la senda de la denuncia, con la voz en la calle, en pro del hombre con «salmos al viento». Aquella de los «cincuenta» iba a ser, al fin y a la postre, otra «generación perdida», como lo fue en su país la de Faulkner, Dos Passos, Hemingway...

Los primeros pasos

«La poesía social es una necesidad de la cultura motivada por la presión de las hostilidades de la realidad. La fraternidad, la denuncia de lo real hostil, el coraje -acaso sean actitudes equivalentes- han constituido su principal proyecto. Su principal obstáculo, en nuestro país, ha sido su propia exasperación. La poesía social nació apresuradamente, de manera en cierto modo fugitiva. Fue mirada con adhesión pasional, o de reojo, o por encima del hombro. Se desarrolló como un hombre público: con amigos agobiantes y enemigos demoledores: axfisiándose entre aplausos, indiferencia y anatemas. Todo eso, si no justifica sus desfallecimientos, al menos explica su exasperación». Con estas palabras recreaba los orígenes y también los destinos de la llamada poesía social un aventajado de la época, Félix Grande, en «Apuntes sobre la poesía española de posguerra» (Madrid, Taurus, 1970). Todos sus representantes, irían sufriendo la desolación de la quimera que entre todos habían más que construido, soñado. A unos ni los leían, a otros, aun leyéndolos, se les

tomaba a broma e, incluso los propios poetas comprometidos en la causa empezaron a dudar de la potencia de su voz.

Salgamos a la calle

Del grito se pasó a la palabra digamos amable, cotidiana, de los días anodinos. («Se asoma a la ventana. Está la calle/con gente haciendo ruido en el mercado/ y en la calzada coches y autobuses/ atienden al semáforo. Todo es/ una vida ordenada que se cumple/ tediosa. Y él escapa hacia la ducha/ de un día repetido. Bajo el agua/ alguna imagen y otra y otra más/ son los ojos de gata de su prima/ la donosura de un círculo en flor/ la última carta para un póquer de ases/ o el vaso helado del primer gin-tonic./ En un día anodino cosas dulces»). Evidentemente, para José Agustín Goytisoló la poesía ha perdido por el camino su aura política (no merece la pena), y se adentra en la historia de los plebeyos

de cada día aunque se vistan de burgueses; y aún más, intentará ir más abajo o más profundo buscando el alma del pueblo dejándose llevar con el compañero del alma Paco Ibáñez...

Con el compañero del alma, el hombre, cualquier hombre que sufriera, escribió a marchas forzadas, con indecible pulcritud del corazón, libros y libros

ción, trascendieron aquella epidermis poética de la denuncia y se fueron en pos del alma humana, que esa sí es eterna. Como Claudio, como José Hierro, como Carlos Barral, como Jaime Gil de Biedma, sobre todo y sobre todos, el poeta catalán -bilingüe- accedió a los interiores del castillo donde habita la palabra esencial, el

En estos
instantes rezo
por Goytisoló;
lloro por
Goytisoló; pido
al mundo que,
aunque en
horas
póstumas, lea a
José Agustín
Goytisoló

por las décadas todas de la última mitad de nuestro siglo que agoniza. Un compañero del alma privilegiado fue, ya se sabe, el poeta campeón de humanidad Pepe Hierro con el que hizo alguna velada poética de ecos singulares.

Mucho más allá del realismo social

José Agustín Goytisoló, como tantos y tantos de su generación, trascendieron aquella epidermis poética de la denuncia y se fueron en pos del alma humana, que esa sí es eterna.

La obra de José Agustín Goytisoló

□ «El retorno» (1955), «Salmos al viento» (1958), «Claridad» (1960), «Años decisivos» (1961), «Algo sucede» (1968), «Bajo Tolerancia» (1974), «Taller de arquitectura» (1977), «Del tiempo y del olvido» (1977), «Palabras para Julia y otras canciones» (1979), «Los pasos del cazador» (1980), «A veces gran amor» (1980), «Sobre las circunstancias» (1983), «Final de un adiós» (1984), «El rey mendigo» (1988), «La noche le es propicia» (1992), «Novísima oda a Barcelona» (1994), «El ángel verde y otros poemas encontrados» (1993), «Elegías a Julia Gay» (1993), «Como los trenes de la noche» (1994), «Cuadernos de El Escorial» (1994), «Las horas quemadas» (1996).

Cuentos infantiles: «El lobito» (1983), «El príncipe malo» (1983), «La bruja hermosa» (1984) y «El pirata honrado» (1984).

trono de la poesía, y habló, en consecuencia, de la intimidad, de la palabra, del vivir humano. El trazo que imprime a sus composiciones es a las veces elegíaco (premonitorio quizá de su propio fin), irónico, jugueteón acaso como expresión de su eterna infancia.

Juan García Hortelano, en su libro «El grupo poético de los 50» (Madrid, Taurus, 1978) nos da unas pistas de lo que también en José Agustín Goytisoló aconteció con el estilo: «Aún a riesgo de sacrificar la comunicación. El esfuerzo de la obra bien hecha sacrifica gustosamente la gratificación, dudosa, estéril y corta, que la moral de circunstancias proporciona a los mantenedores de la «literatura de urgencia» (cuyo estilo es la prisa), y las pasajeras embriagueces de los apóstoles de una ruptura total de la lengua (cuyos escombros son, desde luego, sus propios versos). El conocimiento y el aprecio del único instrumento literario -la lengua- de que dispone el escritor se oponen tanto al desprecio como a la ignorancia lingüística». Pues también esta conquista hay que ponérsela en el haber del poeta.

La despedida

Como aquellos norteamericanos de la «lost generation», marcados por los horrores de la guerra del 14 y lúcidos ante la crisis de su país, otros también heridos, por la suya, la del 36, y asaz lúcidos en medio de la noche, pusieron antorchas en el camino para transitar rebeldes o entusiastas, depende, por la vida en son de paz. Denunciadores y víctimas a la vez de la propia causa, gigantesca sin duda y acaso imposible y por eso traicionera, acabaron algunos en el mismo punto.

Hiere, golpea, atiza de lo lindo la trágica crónica de esta firma de prohombres con suicidio. Aterra el silencio de los muertos. También a José Agustín Goytisoló, yéndose por la escala de los años bajando peladitos «de tristeza en tristeza» hasta el portalón de una calle de Barcelona en 1999, en vísperas de primavera.

¿Será, acaso, esa cruel mensajería de los que salen que hay que pedir un mundo en paz, y más, un mundo en orden, un mundo adulto, aun a sabiendas de que ellos jamás lo podrán ver? ¿Será la genial esquizofrenia de los grandes? ¿O será acaso el último intento de que todos hablen de uno no por lo que dijo sino porque salió en esa página basura de nuestro tiempo que llamamos «sucesos» y que todo el mundo lee?

Rezo por Goytisoló; lloro por Goytisoló; pido al mundo que, aunque en horas póstumas, lea a José Agustín Goytisoló.



José Agustín de Goytisoló miembro de la «generación perdida» de los años 50.

DB